

rato y con éxito tomó parte Ethelredo con sus contingentes. Cuando Ethelredo dió muerte por su propia mano al rey Bagseg y á manos de los soldados de Alfredo perecieron el jarl Sidroc el viejo, Sidroc el jóven, Ostern, Frena y Harald, la lucha quedó decidida en favor de los anglo-sajones y los daneses huyeron hácia Reading, siendo perseguidos hasta muy entrada la noche por los vencedores.

De haber sido derrotados los anglo-sajones, el Sur de Inglaterra hubiera sufrido la misma suerte que el Norte y el Este, y si esto pudo evitarse, débese en gran parte á la victoria de Aescsedune. Esta, sin embargo, á pesar de los millares de daneses que en ella perecieron, no fué decisiva, pues no puso fin á la lucha con los enemigos, que permanecían en Reading, y además quedó compensada, al recibir los invasores nuevos refuerzos, con las derrotas que los dos hermanos sufrieron á los catorce días en Basingstoke (Hampshire) y dos meses despues en Merton (Surrey).

El peligro seguía siendo tan inminente como antes cuando falleció el rey Ethelredo, poco despues de la última batalla, en 23 de abril de 871. Esto hizo que no le sucediera ninguno de sus dos hijos menores de edad, Ethelhelmo y Ethelwaldo, sino que por el contrario los de Wessex, volviendo á la antigua costumbre y al testamento de Ethelwulfo, proclamaran rey al único vástago entrado en años de la estirpe de Egberto, es decir, al hermano del difunto, Alfredo, á quien el país se habia acostumbrado á considerar desde el entronizamiento de Ethelredo, como segundo en el reino (*secundarius*), y que además de ser hombre á propósito para hacer frente á las calamidades de la época, tenía en su favor los deseos manifestados por el propio Ethelredo de que le sucediera en el trono.

## CAPITULO X

### EL REY ALFREDO COMO DEFENSOR DE INGLATERRA

El rey Alfredo, al revés de lo acontecido con sus antecesores, acerca de los cuales no tenemos mas noticias que las incompletas consignadas en la Crónica sajona, tuvo la suerte de encontrar en vida un biógrafo enteramente adicto á él, que trazó su imagen apoyándose muchas veces en las propias manifestaciones del interesado. Tal fué Asser, galés á quien Alfredo tomó á su servicio y que murió de obispo de Sherborne en 910, de modo que sobrevivió á dicho monarca. Trabajó en su biografía desde el año 873, pero desgraciadamente la interrumpió, ignórase por qué motivo, en 887, de suerte que para conocer el resto del reinado de Alfredo hemos de acudir á los anales anglo-sajones, que tambien completan la narracion de Asser en anteriores fechas y en determinados puntos. El propósito de Asser no fué tanto hacer una descripción de todos los sucesos acaecidos durante la vida de Alfredo como referir algunos rasgos principales de este monarca, lo cual hizo que, desde muy antiguo, aquellos á quienes no satisfacía por completo su obra, acudieran á otras, y especialmente á los anales, de modo que la vida de Alfredo, tal como la conocemos hoy en día, dista mucho por la forma de ser la misma que escribió Asser (1). ¿Quién podría saber, sin embargo, cuál es la mejor?

Alfredo era el mas jóven de los hijos que al rey Ethelwulfo dió su esposa Osburha, durante los veinte años de matrimonio. Osburha, hija del copero real Oslac, descendiente de la nobleza juta de la isla de Wight, debió de ser una mujer piadosa, dedicada muy especialmente al cuidado de la edu-

(1) Véase la introducción crítica á la obra de Pauli: *El rey Alfredo y su situación en la historia de Inglaterra* (Berlín, 1851). Enojoso sería citar cada vez lo mucho que debo á esta excelente monografía.

cación de sus hijos; y mientras los otros entraban en años, tuvo un amor especial á su hijo menor, al cual habia dado á luz en 849, en el palacio real de Wanting (Wantage), situado en Berkshire. Asser refiere que supo imbuir en Alfredo la afición al estudio, y cuenta que este, á los cuatro años de edad, sabia de memoria todo un tomo de poesías sajonas, para hacerse digno de la recompensa de su madre. Esta murió prematuramente, quizás antes de que el padre enviara, por vez primera, á su hijo á Roma, y de todas maneras antes de que regresara de allí en 855. A su regreso, se encontró Alfredo con una madrastra. ¡Cómo podía, la franca Judit, hacer para aquel jóven casi niño las veces de madre! Tristes fueron los años que entonces hubo de pasar Alfredo, durante los cuales su padre, ocupado en atender á su jóven esposa y á las disensiones con sus otros hijos, no pudo cuidarse de la educación del menor. Alfredo, en efecto, no aprendió á leer hasta los doce años, es decir, despues de la muerte de su padre y cuando fué compañero de su hermano Ethelberto, y no recibió, despues se lamentó de ello varias veces, una instrucción regular por falta de profesores. El incesante clamor de la guerra ahogaba entonces entre los anglo-sajones todos los intereses intelectuales, y los hombres de la antigua escuela, como Surthun de Winchester, que vivió hasta 862, y Ealhstan de Sherborne, que falleció en 867 á los cincuenta años de ejercer su cargo, ancianos consejeros del padre y de los hermanos de Alfredo, tenían algo mas importante en que ocuparse que en la educación del jóven príncipe. Lo que entonces se llamaba educación general (*artes liberales*), que solo podía alcanzarse con el auxilio del latín, fué para él desconocido, quedando su instrucción reducida á las canciones populares, que desde muy jóven conocia y estimaba, y á las oraciones y cantos del culto divino, en los cuales encontraba tanto placer que mandó copiar los mas bellos en un librito que siempre llevaba consigo. Su fe era inquebrantable, su fervor religioso llegaba á veces hasta el éxtasis; el deseo que tenia de ampliar sus conocimientos, deseo que le acompañó durante toda su vida, se habia despertado indudablemente en él en edad muy temprana, pero no por esto se habia sentido llamado á la vida contemplativa del claustro, á la que en otro siglo hubiera sido sin duda destinado como hijo menor del rey. No lo fué porque en aquella época el clero tenia que empuñar las armas en defensa del país, ó porque realmente el príncipe no se sentía en el fondo de su alma con vocación para aquella vida. Ansioso de la cultura intelectual, que procuraba adquirir por medio de la conversacion, no por eso descuidaba el corporal desarrollo. Gustaba de recorrer las verdes selvas y pronto fué un cazador á quien pocos igualaban en habilidad y fortuna. No olvidaba que la consagración real que, en edad temprana, habia recibido de manos del papa, le daba en la sociedad una posición para la cual habia de prepararse y á la cual se iba aproximando poco á poco, á medida que morían sus hermanos mayores. Por esto sintió profundamente que una grave enfermedad corporal, de que estuvo atacado durante muchos años, pareciera destruir sus esperanzas, hasta que hubo desaparecido por completo, á consecuencia, segun la tradición, de sus fervientes preces elevadas ante la tumba de San Gueryr, en Cornwall.

Alfredo contaba diez y siete años cuando la muerte de Ethelberto y el entronizamiento de Ethelredo, último de sus hermanos, le colocaron en la situación de segundo en el reino, alentando en él mas fundadas esperanzas de sucederle. Desde aquel momento, Alfredo, á pesar de una dolencia que le aquejó en 868, en la época de sus bodas, que fué acompañada de convulsiones y pérdida del conocimiento y que ya no le abandonó en toda su vida, estuvo al lado de su hermano, el monarca, así en las deliberaciones como en el

campo de batalla, compartiendo con él las victorias y las derrotas, la suerte y la desgracia, y adquiriendo bajo todos conceptos gran experiencia, hasta que la muerte de su hermano le llevó á los veintidos años á ser rey de Wessex, cuyo trono fué, como era de temer, el último en ocupar.

En efecto, si los daneses establecidos junto á Reading no habian podido ser vencidos á pesar de las batallas que contra ellos se libraron durante los primeros meses del año 871, ¿qué habia de suceder cuando durante la primavera, es decir, al morir el rey Ethelredo, se presentaba una nueva y poderosa escuadra? Los daneses avanzaron entonces hasta el centro de Wessex. El cadáver del difunto rey fué enterrado en Wimberton, probablemente por creerse poco seguras las antiguas sepulturas reales de Winchester y Sherborne, ó por haber sido ya estas saqueadas por el enemigo. Cuando Alfredo, al mes de ser proclamado rey, se presentó delante del enemigo en Wilton, la batalla, que en un principio parecia serle favorable, acabó por ser una derrota á consecuencia del ciego ímpetu con que avanzaron sus soldados. Esta acción era poco á propósito para infundir aliento, y esto explica por qué el rey y el pueblo, extenuados por las muchas é infructuosas luchas de aquel año, acabaron por no esperar ya su salvación de las armas. Firmóse, pues, con los daneses un tratado en virtud del cual se aseguraba á estos el sustento pacífico durante el invierno, bajo la condición de que se retirarian en la próxima primavera. Esto no obstante, en 872 se dirigieron á Lóndres y se apoderaron de esta ciudad y de la desembocadura del Támesis, despues que el cuerpo principal de su ejército se hubo dirigido, á fines de año, hácia el Norte.

Wessex podia respirar, pero, ¡cuánto habia perdido entretanto! Aquella preponderancia que Egberto habia conseguido para su Estado y que sus sucesores, en medio de algunas alternativas, habian sabido conservar, estaba irremisiblemente perdida desde el momento en que el reino no mostraba tener fuerzas bastantes para proteger á los mas débiles, y en que se abandonaba esta defensa y se pactaba con el enemigo. Wessex no bastaba para defenderse á sí mismo y mucho menos podia, por tanto, acudir al auxilio de su aliada Mercia, en la cual se concentraban entonces todos los ataques de los invasores.

Los daneses que se habian dirigido al Norte acamparon, á principios del año 873, cerca de Torksey, al Noroeste de Lincoln, es decir, en la comarca donde residia la esposa de Alfredo. Durante un año no alteraron la paz que los mercios les habian comprado, pero á principios del año 874 establecieron su campamento en el interior de Mercia, en Hreopdune (Repton, al Sur de Derby). El rey Burhredo, en vista de que su cuñado Alfredo no podia auxiliarle, consideró imposible la resistencia, y dejando abandonados su país, su gente y su propia esposa, huyó por mar á Roma, donde murió en aquel mismo año, siendo enterrado en el templo de María en la escuela sajona (1). Los daneses, en tanto, sojuzgaron su reino y pusieron en su lugar á uno de sus tehgns, llamado Ceolwulfo, el cual les prestó juramento de que á todas horas tendria el ejército dispuesto para seguirles y cuidaria de atender á sus necesidades. Es muy probable que este juramento no fué una simple fórmula y que los mercios tuvieran que coadyuvar á las empresas que los vencedores intentaban contra sus compatriotas no sojuzgados todavia, aumentando con esto la crítica situación en que estos últimos se encontraban. Imagínese á aquel Ceolwulfo acompañando al rey Healfdene, que en 875 se dirigia con una gran

(1) La esposa de Burhredo, Aethelwitha, hermana de Alfredo, murió en Pavia en 889. Su anillo de oro lo vemos dibujado en Hübner, *Inscript. christ.* N.º 224.

parte de su ejército danés desde Repton á la desembocadura del Tyne, asolando desde allí la antigua Bernicia, la comarca de los pictos y los territorios de los escotos de Strathclyde; ó bien formando parte del séquito de los reyes Guthrum, Oscytel y Amoynd, que, con otra parte del ejército, se dirigian á Grantebrycge (Cambridge), con el propósito de completar desde allí la sumisión de la Mercia meridional y la de Essex.

Wessex quedaba, pues, aislado y su última hora parecia haber llegado cuando aquellos reyes, en 876, atacaron las costas meridionales, se apoderaron del fuerte castillo de Wareham (en la bahía de Studlandia), que solo por uno de sus costados era accesible por la parte de tierra, penetraron luego en el interior y se mostraron tan poderosos que Alfredo, no esperando ya nada de la lucha, se dispuso á comprar la retirada de sus enemigos. Los daneses aceptaron sus proposiciones y le dejaron rehenes que respondieron del cumplimiento del tratado, jurando además cumplirlo no solo por las reliquias de los santos cristianos, por los cuales sino veneración sentian un temor supersticioso, sino por las sangrientas imprecaciones de sus propias creencias paganas. No podian prestar un juramento mas sagrado y sin embargo no le cumplieron. Durante la noche salieron de Wareham, destruyeron un contingente de caballería del rey, recorrieron á Dorset y luego á Devon y se apoderaron por sorpresa de Escanceaster (Exeter), que por su comunicación con el mar era muy á propósito para servir constantemente de base de operaciones. En 887 el resto de los daneses de Wareham fué en seguimiento de los primeros; pero entonces Alfredo se apresó para una enérgica resistencia, llevando á Exeter todos los refuerzos que á sus contingentes pudieron agregarse, y salió al encuentro de los daneses en su propio elemento. Una pequeña victoria que en 875 habia obtenido en un combate naval contra una escuadrilla danesa, le hizo comprender que toda resistencia por tierra resultaria inútil si no estaba protegida por mar con fuerzas proporcionadas. Por esto habia construido tantos buques como le habia sido posible construir y los hizo tripular (1) por «piratas», como dice Asser, ó por los marinos de la costa, á los cuales, dados los desastres de la época, no quedaba otro recurso mas que la piratería, ó por aventureros extranjeros, que tanto abundan en los mares, ó por los mismos daneses que habia tomado á sueldo. La misión de esta escuadra, la primera de cierta importancia de que nos da cuenta la historia de Inglaterra, se reducía á evitar el transporte de víveres á Exeter y á impedir que se juntaran la escuadra danesa de Wareham y las tripulaciones en Exeter sitiadas. Alfredo consiguió lo que se proponia, y despues de un combate favorable á los sajones, los buques enemigos en número de 120 se estrellaron en las rocas de Swanewic (Swanage, al Sudoeste de Wareham) yéndose todos á pique y pereciendo todas las tripulaciones. Los daneses de Exeter se encontraron, en su consecuencia, en una situación crítica y hubieron de pactar con Alfredo nuevamente, pero esta vez por iniciativa propia, ofreciendo la retirada, dándole cuantos rehenes quiso y prestándole algunos juramentos que esta vez cumplieron, probablemente por fuerza, pues Alfredo tomó sin duda las precauciones necesarias para que los que se retiraban al país de Mercia no pudiesen cometer mas tropelías.

(1) Pauli, pág. 118, niega la veracidad de la noticia (*iussit... longas naves fabricari per regnum... impositisque piratis in illis vias maris custodiendas commisit*) por la imposibilidad en que se encontraba Alfredo de hacer construir buques en todo su reino. Pero por qué no podia hacerlo en los puertos que conservaba? Fuera de esto, parece una contradicción combatir el dato de la construcción de buques y creer, como Pauli, en la existencia real de la escuadra de que hace mención Asser.

De nuevo creyeron salvados los de Wessex, mientras en los demás países los daneses comenzaban a organizarse pacíficamente. Así como en 870 el rey Guthrum se había establecido con carácter permanente en Estanglia, establecióse en 876 el rey Healfdene en el Northumberland, distribuyendo el territorio entre los que le acompañaban, de manera que los antiguos propietarios hubieron de trabajar en provecho de sus nuevos señores a los cuales pagaban un censo. Los daneses procedentes de Exeter hicieron lo propio en Mercia, arrebatando a su vasallo Ceolwulfo y cuyas pérdidas no tenían reparacion posible. Ni la circunspeccion ni el valor heroico podian librar a los vencidos del peso de la fuerza brutal, y los mayores esfuerzos estaban amenazados de inminente fracaso. En el año 878 pareció que iba a consumarse la ruina del reino sajón y de su valeroso monarca.

Durante los primeros días del año, el enemigo penetró por dos puntos distintos en Wessex. Los daneses de Mercia se establecieron en Chippenham, junto al Avon, en Wiltshire, mientras un hermano de Healfdene é Ingvar, probablemente Hubba, del cual tantos años hacia que no se hablaba y que habia invernado en la Gales meridional, desembarcaba con 23 buques en Devon. Los naturales de este territorio que todavía podian llevar las armas, se refugiaron en una fortaleza llamada Kynwith y a pesar de los tormentos que sufrieron por la escasez de agua, mantuviéronse firmes en ella y derrotaron completamente a los sitiadores en una salida que hicieron al despuntar el día. El caudillo danés y 840 hombres de su ejército perecieron en el campo de batalla, los demás debieron su salvacion a los buques; su estandarte,—es decir, el cuervo tejido por las hijas de Ragnar Lodbrog, para sus hermanos, y consagrado por especiales conjuros,—quedó en poder de los vencedores. Pero por muy gloriosa que fuera para los heroes de Kynwith esta jornada, que fué un rayo de luz en aquellos tiempos calamitosos, sus compatriotas comenzaron a sentirse cansados de aquellas eternas luchas y a perder todo su valor. Así, cuando el cuerpo principal del ejército danés se extendió desde Chippenham devastándolo todo, los sajones hicieron lo mismo que en otro tiempo el miedo habia obligado a hacer a los primitivos habitantes celtas. Los que pudieron huyeron por mar y los que no pudieron huir prefirieron la sumision y la servidumbre a un muerte segura. El desaliento general del pueblo, que espontáneamente se entregaba, obligó al rey Alberto a pensar en su salvacion, por lo cual huyó a las selvas y pantanos de Somerset. Una colina natural que se alzaba en aquella agreste comarca, al Sudeste de Bridgewater, entre el Parret y un confluente procedente de los terrenos pantanosos, y que llevaba el nombre de *Aethelingsa-egge* (Aethelney), isla de los príncipes, ofreció un miserable asilo al rey, a su familia y a algunos leales servidores que le habian acompañado. En aquella precipitada fuga se perdió la alhaja del tesoro del rey conocida con el nombre de «joya de Alfredo», probablemente el puño de su cetro, que en 1693 fué encontrada en las cercanías de Aethelney (1).

(1) Se encuentra en Ashmolean-Museum de Oxford. Pauli, en la página 231 de su obra: *El rey Alfredo*, describe la joya en los siguientes términos: «Este objeto consiste en un cristal pulido de dos pulgadas de largo por media de espesor, de forma ovalada, en el cual está incrusta-

Alfredo habia tenido que huir ante las desdichas que le amenazaban, pero no se consideró, como su pusilánime hermano, perdido para siempre, sino que animado por su confianza en Dios, vió en aquel desastre del momento un aguijón para aumentar su actividad. Y como el pueblo anglo sajón le debía a él y a su leal perseverancia el haberse levantado del estado de profunda decadencia en que se encontraba, su persona y la transicion de la desdicha a la felicidad, de la derrota a la victoria, están envueltas en leyendas; y la Iglesia también en las suyas le declaró casi santo, por haber sido el adalid del cristianismo contra los paganos. Estas dos clases de tradicion se han confundido, y siendo sumamente difícil separar la una de la otra, es poco menos que imposible llegar a saber lo que en ellas hay realmente de histórico. Algunos rasgos de la leyenda se reproducen en otras comarcas; así tenemos, por ejemplo, la narracion de la mujer del pastor que, sin sospechar que aquel extranjero extraviado que descansaba junto a su rebaño fuese el rey, le llenó de injurias por haber dejado que el pan se quemara en el horno; tenemos también el detalle, sacado al parecer de la tradicion danesa (2), según la cual Alfredo, disfrazado de bardo, se introdujo en el campamento enemigo, descubriendo los planes de este y preparando de esta suerte su victoria.

Dos cosas, sin embargo, pueden afirmarse y son que Alfredo tuvo siempre confianza en un cambio favorable de los sucesos y que hizo cuanto estuvo de su parte para producirlo. Durante la Pascua (23 de marzo) de 878, Aethelney, difícilmente accesible por la misma naturaleza, fué fortificada y convertida en poderoso punto de defensa. Hecho esto, el rey comenzó por medio de correrías en todas direcciones a dar a su pueblo noticias de su existencia y a prepararle para el día en que lanzara el grito de union y libertad. Refiere la leyenda que San Cuthberto se le apareció en sueños y le anunció el momento a propósito para ello. Llegado que hubo este, Alfredo se situó junto al río é hizo sonar por tres veces su cuerno de guerra, con lo cual hizo temblar al enemigo é infundió valor a sus amigos, de manera que por la tarde se le habian unido ya quinientos guerreros, pudiendo desde entonces comenzarse la guerra de la libertad.

Es positivo que aun en el pueblo anglo-sajón aquel desaliento general desapareció rápidamente, dando lugar a la confianza y a los antiguos alientos belicosos. Cuando Alfredo, a mediados de mayo, salió de las espesas selvas que

do un esmalte mosaico de una materia verde y amarilla. Este esmalte representa los contornos de una figura humana, que parece estar sentada y que lleva en cada mano una especie de rama de flor de lis con algunas flores. Los comentaristas han discutido sobre si era San Cuthberto, ó San Noet, ó el mismo Jesucristo; pero todas las probabilidades son de que la imagen representa al mismo Alfredo. El reverso está cubierto por una capa de oro fino, en la cual está grabada con elegancia y fantasía una flor. El borde ovalado es una excelente filigrana de oro y tiene grabadas las siguientes notables palabras que disipan toda duda acerca del poseedor de aquella joya:

*Alfred mec heht geavyrcan*  
(Alfredo me hizo fabricar).

Las letras de esta inscripcion son mayúsculas y por su forma recta concuerdan con las iniciales de los principales párrafos de los manuscritos auténticos de la época de Alfredo. Mas aun que las letras, nos indica la forma de las dos palabras del centro, de carácter primitivo, la época de la inscripcion. Allí donde el cristal y sus adornos forman una punta, la pieza encaja en una cabeza de delfín de oro primorosamente labrada, cuyos ojos son dos piedras preciosas y de cuya faringe arranca un pequeño bastón de oro, que probablemente sirvió para reforzar alguna caña ó palo precioso en cuyo extremo se encontraba la joya. Es una gran casualidad que con esta notable obra de arte haya llegado hasta nosotros probablemente un pedazo del cetro de Alfredo. El arte que en él se observa nos da una buena idea de la hábil ejecucion de aquel tiempo.

(2) Pauli, pág. 12.

separan a Somerset del Wiltshire y se presentó en Ecgbyrhtestane (Brixton), uniéronse a él no solo los hombres de aquellos distritos sino también los de Hampshire, y en número tan grande que pudo aventurarse a atacar sin temor alguno al cuerpo principal del ejército enemigo, que se encontraba acampado todavía en Chippenham. A los dos días verificóse el encuentro con los daneses en Aethandune (Eddington, junto a Westburg) (?), consiguiendo Alfredo una brillante victoria. La persecucion de los derrotados duró hasta llegar a Chippenham, que fué de tal manera cercado por todas partes que los daneses, a los catorce días, entraron en negociaciones para pactar su salida de aquel recinto.

Los daneses reprodujeron su juramento y entregaron tantos rehenes como quiso Alfredo. Pero no era esto lo mas importante, pues los daneses habian demostrado su falsa muchas veces, y Alfredo solo aceptó el tratado por el deseo de evitar una lucha desesperada y quizás por la imposibilidad de mantener mas tiempo un ejército en aquellos territorios tan esquilados. Lo mas importante fué el hecho de que en aquella ocasion el rey danés Guthrum abrazó el cristianismo. Ocioso seria buscar los fundamentos de tal conversion bien en la consideracion de que aquel monarca obrara así por respeto a sus vasallos cristianos, bien en la de que tal conversion fuera una condicion que le impusiera Alfredo. El hecho es que Guthrum, despues de evacuar a Chippenham, cumplió su promesa, pues a las tres semanas se presentó espontáneamente con treinta de sus principales guerreros en Alre, junto a Aethelney, donde fué solemnemente bautizado. Alfredo fué su padrino y le puso el nombre de Ethelstan, es decir, el de su hermano, que habia fallecido hacia ya tiempo.

El suceso de Alre reunió por vez primera en un mismo sitio a anglo-sajones y daneses, facilitando la inteligencia y fusion entre ellos. Tenemos noticia de un tratado concluido entre Alfredo y el «witan de todo el pueblo anglo» por un lado, y Guthrum y «todo el pueblo que se encontraba en Estanglia» por otro; este tratado se firmó, según se cree, en Wedmore, ocho días despues de haber recibido Guthrum el bautismo. En aquella ocasion el ejército del rey danés, que consideraba a Estanglia como posesion permanente, estuvo representado por el séquito militar del monarca, de la misma manera que los anglos y los sajones lo estaban por sus witanes, que se reunieron alrededor de Alfredo cuando se trató, en cumplimiento del tratado, del reparto de la Inglaterra meridional. La frontera de ambos reinos hubo de ser primero el Támesis y el pequeño río que afluye a su orilla septentrional, al oeste de Londres, y corria desde Bedford por el Ouse hasta el llamado camino de Waetling, trazando una línea proporcionada en extension a la distancia que media desde Londres hasta Chester. Por esta distribucion se ve que Alfredo no esperaba, ni aun para lo porvenir, el restablecimiento del reino de Egberto, y que no se creia con fuerzas bastantes para expulsar nunca a los enemigos del país. Por lo que a estos se refiere, despues de los sucesos de la última década, que habian demostrado suficientemente su superioridad, era muy posible que renunciasen a extender sus conquistas mas allá de la citada frontera y que cedieran al rey anglo-sajón, además de los disputados territorios de Wessex, las provincias del Sudeste y una parte considerable, casi la mitad, de Mercia. Por lo demás, ambos pueblos fueron considerados con iguales derechos y se acordó que las cuestiones de los súbditos respectivos serian resueltas judicialmente y que uno mismo seria el wehrgeld de los daneses y el de los anglo-sajones.

Este tratado era de importancia suma. La dificultad estorbaba, sin embargo, en si Guthrum, que a los doce días y

ANGLO-SAJONES

provisto de ricos presentes se habia despedido de Alfredo, tendria fuerza suficiente, así como tenia voluntad, para obligar a su ejército, que se consideraba pueblo armado, a cumplir aquel tratado. De todas maneras, es digno de notarse que este ejército permaneciera acampado durante el año 879 en Cirencester, es decir, dentro del territorio que en virtud del tratado habia sido cedido al rey anglo-sajón, y que en 880 se dirigiera a Estanglia para apoderarse de una parte de este territorio. El tratado que habia firmado Guthrum no daba en este punto a Alfredo seguridad alguna contra los daneses respecto de las comarcas situadas al Norte del Ouse, pues en estas las fronteras entre dicho río y el mar, que al Oeste se extendia, habian quedado poco determinadas, y el tratado además apenas obligaba a otros reyes marítimos y jarles que pensaban labrar su felicidad en Inglaterra. Ya en 879 penetró en el Támesis una escuadra que ancló junto a Tulham y que se alejó en 880, cuando el desorden que se notaba en el reino de los francos parecia ofrecer mas rico botín al jefe de aquella armada, el temido Hasting.

Sin embargo, los anales anglo-sajones no dicen que durante los seis años que siguieron a la conversion de Guthrum realizaran los daneses ataque alguno contra las costas francas ni refieren tampoco devastaciones danesas en su propio territorio, de manera que en este parece haber reinado una tranquilidad relativa que en parte debe atribuirse a aquel tratado y en parte al levantado espíritu del pueblo, que no llevó durante mucho tiempo marcado el sello de sus antiguos opresores. A ello contribuyeron también las victorias que Alfredo consiguió por mar sobre las pequeñas hordas de piratas que intentaron turbar de nuevo la paz de sus dominios. Con esto se tuvo el tiempo necesario para reponerse de las calamidades sufridas, para restablecer el turbado orden político y eclesiástico y para anexionar a Wessex el resto de Mercia, donde Alfredo, despues de la evacuacion danesa en 880, habia puesto de gobernador al hasta entonces ealdorman de Hwycas, Ethelredo, y sobre todo para reunir fuerzas en la prevision de que algun peligro amenazara la propia independencia.

Este peligro se presentó en 885 cuando una parte de los wikingos, que hasta entonces habian mostrado su actividad en el continente, se arrojó de repente sobre Kent y puso sitio en regla a Rochester; pero cuando Alfredo se presentó con su ejército de tierra a socorrer a los sitiados, los sitiadores huyeron tan precipitadamente en sus buques que dejaron casi todo su botín en poder de los anglo-sajones. Este hecho no tuvo, pues, importancia alguna. Mas trascendental fué el acto de Guthrum, el cual en aquella ocasion, secreta ó abiertamente, hizo causa comun con sus compatriotas rompiendo de esta suerte la paz. Así parece desprenderse de la circunstancia de haber Alfredo llevado inmediatamente su escuadra a las costas de Estanglia. Despues de una reñida lucha, apresó en Harwich diez y seis buques de los wikingos, pero al retirarse encontróse con fuerzas enemigas superiores que le derrotaron. Al año siguiente, los daneses perdieron la ciudad de Londres, que les habia sido cedida en virtud del tratado y que fué nuevamente fortificada y puesta bajo las órdenes de Ethelredo de Mercia. En todas partes la poblacion oprimida se levantó contra el extranjero y se unió al rey nacional, mientras que Guthrum difícilmente podia contar con el apoyo de los wikingos, pues estos se preparaban entonces para verificar su gran excursion al Sena y a Paris. En vista de esto, el monarca danés imploró la paz y de esta suerte pudo salvar a Estanglia, cuya posesion conservaba a su muerte, acaecida en 890. Sucedióle un tal Eohrico, del cual apenas se tiene noticia. El aliado de Guthrum, el rey Healfdene, que se habia establecido en Northumberland,